

EL HUMO COMO ALIMENTO ESPIRITUAL EN EL HÁBITO DE FUMAR.

"Fumar es una reacción de apropiación y destrucción simultáneas. El tabaco es un símbolo del ser «apropiado», ya que es destruido al ritmo de mi respiración en una «destrucción continua». [...] En el tabaco que fumaba, era el mundo entero que ardía, que se iba en humo, que se condesaba en vapor para penetrar en mí."

Jean Paul Sartre¹

La interioridad del fuego:

El poder del fuego ha cautivado la imaginación del hombre desde su más remota prehistoria. Así el fuego se ha erigido como un poderoso símbolo ancestral, con una interioridad multifacética y contradictoria, que en principio representa a las pulsiones en general y a la excitación sexual en particular; poseer el poder del fuego equivale, simbólicamente, a satisfacer todas las pulsiones; algo reservado a los dioses todopoderosos (Freud, 1930a [1929], 1932a [1931]). La conquista del fuego ha permitido al hombre materializar la transformación cultural de la naturaleza y modificarla acorde a sus deseos, algo que en su fantasía lo equipara a los dioses; pero al mismo tiempo, esta necesidad afirma su condición de simple mortal, de criatura débil y desvalida.

Freud (Ibíd.) considera que la conquista del fuego se erige sobre la renuncia al deseo de apagarlo con la orina; se trata de la primera renuncia pulsional del hombre sobre la que luego habrá de erigirse la conquista cultural. Por lo tanto, el fuego también representa tanto a la cultura que confiere al hombre un sentimiento de poder y superioridad frente a las otras criaturas, como a la renuncia que lo revela impotente e inferior a los dioses.

Del estudio de las ideas de Luis Chiozza (1970d [1966]) sobre el contenido simbólico del fuego, en otra oportunidad (Chiozza, G. 2007) extrajimos las siguientes conclusiones: El fuego, por el efecto destructivo que ejerce sobre el débil mortal representa, en primera instancia, al ideal con su efecto desorganizador. La conquista del fuego nace del anhelo de dominar ese poderoso elemento y dirigirlo hacia el mundo y la naturaleza; hacia lo material fuera de sí. De este modo, el fuego, en segunda instancia, pasa a ser símbolo de la posibilidad de descomponer la materia para recomponerla, luego, moldeándola acorde a los deseos; es decir, descomponer la dificultad para materializar los ideales.

¹ Extraído del libro *El Ser y la Nada* (1943) de Jean Paul Sartre, citado por Jean Jacques Brochier (1994 [1990], págs. 72-73).

La incorporación del fuego a través del humo:

Bachelard afirma que para los antiguos el fuego era como un peligroso animal, devorador, rapaz e insaciable, «*porque teniendo calor y movimiento no puede dejar de alimentarse y respirar aire puro*» (1953, citado por Chiozza, 1970d [1966], pág. 75). Para el pensamiento primitivo, comer —por ejemplo, a un animal— es también una forma de incorporación eidética; un modo de incorporar las cualidades del objeto. De modo que, si el hombre anhela para sí el poder del fuego, podemos pensar que también desea comer a este “peligroso animal”.

Sin embargo, el contacto con el humo es lo más lejos que puede llegar en su deseo de incorporar el poderoso *maná* del fuego sin sentir, en carne propia, los dolorosos efectos de su poder destructor. El humo es un subproducto del fuego que se produce cuando la combustión de la materia orgánica es incompleta; se trata de una suspensión en el aire de pequeñas partículas sólidas de la materia combustible incompletamente degradada.

Según Bachelard (Ibíd.), el mismo pensamiento primitivo que concebía al fuego como un temible animal, consideraba al humo como sus excrementos. Dado que los excrementos contienen el producto de la digestión incompleta de los alimentos, vemos que se trata de una idea semejante a la del humo como producto de la combustión incompleta de la materia orgánica.

El deseo de incorporar humo surgiría, entonces, del deseo de adquirir por incorporación las cualidades del fuego; su notable capacidad para descomponer la materia. Mágica y simbólicamente, el que aspira humo logra convertirse, él mismo, en fuego; y como el fuego, también se vuelve capaz de echar humo².

Aspirando y echando humo —es decir, fumando— se busca satisfacer el deseo de volverse como el fuego mismo; poderoso como un dios, capaz de descomponer todos los obstáculos y materializar todos sus ideales. Tanto el cigarrillo como la pipa o el cigarro, encendidos en la mano, prontos para llevarlo a la boca, constituyen una hoguera portátil; algo que, en la fantasía del fumador —y quizás también en la de quienes lo rodean—, lo vuelve superior a las demás criaturas indefensas; algo que lo acerca a la antigua figuración de Zeus, con el rayo en la mano, y que le confiere un placentero sentimiento de poder.

² Aunque pueda sonar increíble, así vieron los europeos a los primeros fumadores; al parecer, a su regreso a España —luego de la primera expedición de Colón—, Rodrigo de Jerez, uno de los dos primeros europeos en fumar tabaco, habiendo adquirido el hábito de fumar, cometió el error de encender un cigarro en público y fue acusado de brujería y encarcelado por la Inquisición, ya que “*sólo el diablo* —Lucifer, el fuego mismo— *podía dar a un hombre el poder de sacar humo por la boca*” (<http://es.wikipedia.org/wiki/Tabaco>).

Sobre una forma respiratoria de incorporación espiritual:

Del mismo modo que para mantener al fuego con vida debe haber oxígeno —el comburente— y materia orgánica —el combustible—, para mantener encendida la “llama de la vida”, el hombre debe recibir oxígeno y nutrientes. Estos aportes, reunidos en el suministro placentario durante la vida intrauterina, se separan luego del nacimiento en dos diferentes funciones: la función respiratoria y la función digestiva.

Luis Chiozza (1970d [1966]), apoyándose en otros autores, sostiene que la alimentación representa un modo de llevar, hacia lo otro ajeno, el instinto de muerte implícito en el digerirse a sí mismo, propio de la consunción del hambre. Estos impulsos, al principio, están orientados hacia lo más semejante y por eso buscan incorporar en forma directa al objeto de amor, ya que éste es el ideal³.

Siguiendo los desarrollos de Freud en relación a la ancestral prohibición de comer al animal totémico y al tabú que, en las culturas primitivas, rige sobre el canibalismo, Chiozza (Ibíd.) deduce la participación ulterior de un proceso, que describe como de disociación eidético-material; mediante este proceso, los impulsos destructivos y amorosos se separan en el acto de incorporar al objeto. Mientras que “visualmente” se incorpora en forma directa al objeto en su aspecto ideal, la incorporación “hepática” de la materia —necesaria para la identificación con el ideal— se lleva a cabo mediante un rodeo, comiendo al animal. Esta incorporación indirecta que permite conservar vivo al objeto ideal, implica una renuncia al deseo, más directo, de comerlo concretamente, sobre el que ahora pesa la prohibición del tabú.

Tal vez resulte fructífero intentar correlacionar ambos procesos de separación que rigen a la incorporación: la disociación eidético-material en la incorporación del objeto y la disociación respiratorio-digestiva en la incorporación postnatal.

La comunidad de sentidos que existe entre aire, vida, alma y espíritu, ha sido destacada por muchos autores (Chiozza y colab., 1991d [1990]); un soplo de aire anima la vida y el aire de la última exhalación, se la lleva⁴. Así podemos pensar que en la imaginación del pensamiento animista, la materia orgánica expuesta al

³ Así como el feto se alimenta del cuerpo de la madre, de su misma sangre, existe la fantasía universal, representada míticamente en el banquete totémico, de haber matado y comido al padre de la horda primordial (Freud, 1912-13; Chiozza, L., 1998b [1970]; Chiozza, G. y Corniglio, H. 1996 y 1997).

⁴ «Si nos es lícito confiar en el testimonio del lenguaje —escribe Freud—, fue el aire en movimiento lo que proporcionó el modelo de la espiritualidad, pues el espíritu toma prestado su nombre del soplo del viento (ánimus, spiritus; en hebreo: ruach, soplo). Ello implicaba el descubrimiento del alma como el principio espiritual en el individuo. La observación reencontró el aire en movimiento en la respiración del hombre, que cesaba con la muerte; todavía hoy el moribundo “expira su alma”. Así pues, se inauguraba para el ser humano el reino de los espíritus; estaba pronto a atribuir a todo lo otro en la naturaleza el alma que había descubierto dentro de sí.» (1939a [1934-38], págs. 110-111).

fuego moría y en el humo, como si fuera el último aliento exhalado por ella, se hallaba contenido su espíritu. En otras palabras, el humo, como forma etérea de lo material, representa el alma misma de la materia degradada por combustión; es decir, de lo material, el aspecto espiritual.

Del mismo modo que, gracias al poder del fuego, la cocción de los alimentos facilita la digestión de los mismos, la incorporación respiratoria del humo bien podría representar una alternativa o quizás un intento regresivo de sortear la disociación eidético-material: incorporar, gracias al poder del fuego, la materia en su forma más etérea y abstracta; su misma esencia y su perfume⁵; su interioridad y su espíritu. Se trataría, entonces, de una forma de incorporación —a mitad de camino entre lo visual-ideal y lo hepático-material— en la que se intenta incorporar sólo el espíritu de la materia, extraído por acción del fuego. Algo así como una forma respiratorio-espiritual de incorporar al objeto en sus cualidades abstractas.

El término abstraer, se construye agregando la partícula “abs-” al verbo latino *tráhere* —traer— del que proviene. Fonéticamente esta partícula se logra mediante una aspiración, de modo que quizás no resulte desatinado pensar que este vocablo remite a la idea de “traer aspirando”⁶. Para los diccionarios, abstraer significa considerar una cualidad con independencia del objeto en que existe (Moliner, 1991) para poder considerar al mismo objeto en su pura esencia (DRAE, 2000 [1992]). El término abstracto, opuesto a concreto, denota alguna cualidad con exclusión del sujeto, por ejemplo, la blancura o la bondad (Ibíd.); como si, dejando de lado al objeto, se extrajera de él, aspirando, sus cualidades esenciales; su puro espíritu.

El “hambre espiritual” del fumador:

Como síntesis de lo dicho hasta aquí, podemos suponer que el que fuma intenta superar una dificultad en el proceso de espiritualizar la materia. Se trataría de una dificultad “respiratoria” para la vida espiritual; un anhelo o “hambre espiritual” que lo lleva a la necesidad de abstraer la misma esencia de las cosas para lograr una mejor conexión espiritual con el mundo⁷.

⁵ Perfume, derivado de *fumus* —“humo” en latín—, significa “humo de olor agradable que desprenden ciertas sustancias al ser quemadas” (Moliner, 1991).

⁶ Como señalan Chiozza y colaboradores (1991d [1990]), aspirar —el acto por el cual se quita aire de un determinado lugar—, como la mayoría de los vocablos relacionados con la respiración, proviene del vocablo latino *spirare* —soplar— del que también proviene espíritu.

⁷ Análogamente a lo planteado por Chiozza (1998b [1970]) con respecto a la incapacidad de materializar, podemos concebir a esta insatisfacción espiritual tanto en términos absolutos como relativos. Por tratarse en última instancia de un afecto, podemos concebirlo presente aún en personas de un elevado desarrollo espiritual, y ausente en personas con muy escaso desarrollo espiritual, si su descarga se viera interferida por otros afectos actuales. En otras palabras, podemos encontrar no-fumadores con grandes mermas espirituales del mismo modo que fumadores con una rica vida espiritual.

Así, el fumador busca en el poder del fuego (con quien se pone en contacto y a quien busca emular echando humo) la capacidad de degradar lo material hasta su última expresión, hasta su último aliento, hasta convertirlo en algo abstracto, en aire, en puro espíritu. El humo que incorpora al fumar representa un "alimento espiritual" que contiene el espíritu de la materia, su esencia abstracta. El humo que, a su vez, representa al fuego, aquel poderoso animal que en el pasado le facilitó el desarrollo cultural.

Este anhelo espiritual adquiere una connotación transgresora ya que busca—como lo hiciera Prometeo al robar el fuego a los dioses— encender la chispa de la cultura en las ciegas criaturas de barro y convertirse en el "padre de todos los hombres", en el "dador de fuego", en el "héroe cultural".

BIBLIOGRAFÍA

BROCHIER, Jean Jacques, (1994 [1990]), *Io fumo, e allora?*, Pacini Editore, Pisa, 1994.

CHIOZZA, Gustavo, (2007), "Los significados del humo y del fuego en el hábito de fumar", trabajo presentado en el Instituto de Docencia e Investigación de la Fundación Luis Chiozza, Buenos Aires, 2007. Inédito.

CHIOZZA, Gustavo y CORNIGLIO, Horacio, (1996), "El estómago, el ácido y la agresión", trabajo presentado en el Centro de Consulta Médica Weizsaecker, Buenos Aires, 1996. Inédito.

CHIOZZA, Gustavo y CORNIGLIO, Horacio, (1997), "La devoración del padre como símbolo de la adquisición del comer. Análisis de un mito antropológico", trabajo presentado en el Instituto de Docencia e Investigación de la Fundación Luis Chiozza, Buenos Aires, 1997. Inédito.

CHIOZZA, Luis, (1970d [1966]), "El significado del hígado en el mito de Prometeo", en *Psicoanálisis de los trastornos hepáticos* (Tercera edición), Luis Chiozza, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1998.

CHIOZZA, Luis, (1998b [1970]), *Psicoanálisis de los trastornos hepáticos* (Tercera edición), Alianza Editorial, Buenos Aires, 1998.

CHIOZZA, Luis, BALDINO, Oscar, FUNOSAS, Mirta y OBSTFELD, Enrique, (1991d [1990]) "Los significados de la respiración", en *Los afectos ocultos en...* (Segunda edición), Luis Chiozza, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1997.

DRAE, (2000 [1992]), *Diccionario de la real academia española*, XXI edición, Espasa Calpe, S. A., Madrid, 2000.

FREUD, Sigmund, (1912-13) *Tótem y tabú*, en *Obras Completas, Sigmund Freud*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1976.

FREUD, Sigmund, (1930a [1929]) *El malestar en la cultura*, en *Obras Completas, Sigmund Freud*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1976.

FREUD, Sigmund, (1932a [1931]) "Sobre la conquista del fuego", en *Obras Completas, Sigmund Freud*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1976.

Freud, Sigmund, (1939a [1934-38]) *Moisés y la religión monoteísta*, en *Obras Completas, Sigmund Freud*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1976.

MOLINER, Maria (1991), *Diccionario de uso del español*, Gredós, Barcelona, 1991.